

Primera parte

1

¡Un sitio estupendo! Cuando los ojos se han acostumbrado a la media luz, no parece un sótano. Probablemente lo reforzaron para poder bajar cuando hubiera alarma aérea, alarma por gas o qué se yo. Es decir, por algo no quedó todo triturado cuando se derrumbó la casa encima. Qué raro que una casa entera se caiga sobre la bóveda de su propio sótano, y ni un agujero, ni una grieta. La verdadera entrada, naturalmente, está bloqueada, hay escombros de muros con vigas rajadas, y todos los escalones a la calle están sepultados. Sólo puede entrar la luz. Y el aire. Pero eso no quiere decir que uno, al pasar, se quede allí mirando. Sigue su camino, piensa: «Escombros». Y se acabó.

Es increíble toda la gente que pasa por aquí, de día y de noche. Antes no era una calle principal. Sólo cuando la auténtica calle principal quedó bloqueada por el impacto algunos empezaron a pasar por aquí. Si se mira desde abajo, ¿qué se ve? Pies que van hacia el oeste, pies que van hacia el este. Sandalias, zapatos, botas militares nuevas, o botas viejas, o botas muy viejas que se caen a pedazos si uno no se las ata con una cuerda. En medio aparecen algunas bicicletas,

carretillas, carritos, cochecitos de niño, eso que el yanqui dice que se llama *pram*.

Además, el ruido. El bullicio callejero, pero nunca un auténtico bullicio callejero. Cochecitos y carretillas, no hay otra cosa. No se oye gritar ni hablar, todo está gritado y hablado ya desde hace tiempo. Sólo el ruido de los pasos. Un ruido tan hueco que es como si le hubieran sacado las entrañas. Desde abajo, desde el sótano, resulta sorprendente: suena siempre distinto y sin embargo suena siempre igual.

Más arriba, quizás a la altura de un tragaluz de la casa que ya no existe, se podría ver la iglesia de Santa Sofía¹. ¿A qué distancia? A dos tiros de revólver, a tres tiros de revólver, no más. El empinado tejado de la iglesia, reventado. Un hombre con un organillo toca en alguna parte, en una de las estrechas callejuelas, no se le ve, sólo se oye la música. Como siempre, Lili Marleen.

La entrada está bloqueada, pero a la vuelta de la esquina hay dos ventanas que dan a lo que era el patio trasero. Una de ellas está camuflada con tablas clavadas encima, pero tan astutamente que, si se sabe cómo hacerlo, se puede entrar y salir gateando sobre vigas y cajas. La otra ventana está entera. Una ventana de verdad con cristal de verdad y una reja de hierro. Si uno la mira se cree que estamos en tiempos de paz, de tan entera como está. Si se mira por ella hacia arriba, se ve lo que antes era el patio. Ahora está lleno de escombros cubiertos de nieve. Si se mira desde arriba, los ojos tienen que acostumbrarse primero para ver que el sótano es un sitio estupendo.

Los dos hombres de arriba no están frente a la ventana, sino en la calle, delante de la entrada bloqueada. Desde abajo sólo se ve de ellos la mitad inferior, con mucha gente por detrás yendo y viniendo. Los zapatos de los dos están

¹ No existe dicha iglesia en Viena; los topónimos y otros nombres son todos imaginarios, contrariamente a la versión en inglés, donde por ejemplo en este lugar se menciona la catedral de San Esteban. (*N. del T.*)

en tal estado que lo mejor sería tirarlos y conseguir otros mejores si tienen algo que dar a cambio. Han estado los dos chillando dos minutos enteros, ahora acaban de parar.

–¿Qué pasa? –dice Yid en voz muy baja desde el fondo del sótano. Es un niño judío-alemán con un nombre yidish muy largo, primer nombre, segundo nombre, todo completo, no se puede pronunciar, es demasiado largo–. ¿Qué pasa? ¿Qué quieren?

Tiene trece años, la estatura de un niño de diez, y los ojos sin brillo como un hombre de treinta y cinco, o de cincuenta y cinco. Además va muy bien vestido con una chaqueta de automovilista forrada de piel, que le cuelga como una camisa de dormir de lo grande que es. Ha cortado un trozo a las mangas para dejar libres las manos.

Tiene las manos largas, con delgados dedos siempre en movimiento, parecen cangrejos, arañas, serpientes, qué se yo, son tan nerviosas sus manos... Dice:

–Estaba en mi habitación, por eso no los he oído al principio. ¿Qué pasa?

El chico al que se dirige tiene siete años, o nueve, o seis. Con rizos rubios o *curls*, o, como se suele decir, bucles rubios, palabra de honor que dan risa, como los de una chica. Está envuelto en una manta. Una manta de caballo. Parece que está calentito. Quizá por eso no ha querido moverse. Está sentado en el fondo del sótano, en un banco, bien arrebutado y fumando un *tshik*², un cigarrillo. Quizá lleva todo el tiempo ahí sentado.

–¿Que qué pasa? No pasa nada –dice amodorrado–. Sólo jaleo –mira dentro de una carretilla que tiene al lado–. Pensé que habrían despertado a la Cría.

–¿Con qué la has tapado, con papel?

–Es el periódico de la semana pasada –dice Curls–. Está jugando a que está enterrada –levanta la hoja, debajo hay una niña diminuta con una cara tan grande que parece la luna.

² Dialectal vienés. (*N. del T.*)

Dice Yid:

–No está dormida –tiene los ojos abiertos como platos.

–¡No! –Curls vuelve a tapparla con el periódico–. Le gusta. Está calentita, jugando a estar enterrada.

Yid:

–Tiene los ojos abiertos.

En ese momento, los dos hombres de fuera empiezan a gritar otra vez.

Curls:

–Déjalos que griten. Es el hombre del comité del distrito –Yid suelta una risita en voz baja.

Arriba ya no se ven los pies de los hombres. Luego aparecen al otro lado del patio; suben al montón de escombros.

–Están buscando la ventana.

–Ya –responde Curls, somnoliento. Envuelto en su manta, no se mueve.

Yid:

–Ya les enseñaría Goy si volviera del mercado. Pero debería haber entregado el bazuca. Dan una semana de plazo para entregar las armas de fuego. Ahora es demasiado tarde.

–Sí.

–Pero ahorcar no ahorcan. Ya no. A los niños no. Y Goy no sabe leer, de manera que puede defenderse diciendo que no lo sabía. Pero para esos dos de ahí fuera le basta con sus puños. El bazuca, lo mejor es tirarlo al río.

–O cambiarlo por algo –dice Curls somnoliento.

–No puede. No se pueden cambiar los bazucas. Sólo con los polacos. ¿Y qué dan los polacos por un bazuca si eres un chico? Si eres una chica, sí. Pero entonces no necesitas un bazuca.

–Ya.

–A Goy puede que le viniera bien una navaja.

Yid saca una navaja del bolsillo. La hace volar por los aires. La recoge. Se la pasa volando a la mano izquierda. Se abre en el aire, elegante como una golondrina. La recoge con estilo. Ahora ha desaparecido.

Curls:

–¿Dónde está?

–En tu bolsillo.

Curls busca, y allí está. Ríe despacio.

–Ahora en la manga.

–Eso no es nada. ¿Está bien tapada la Cría? ¿Me he acercado a ella? No, ¿verdad? Bien. Entonces mira debajo de su culo.

Curls le quita el periódico de encima.

–Fantástico –se ríe un poco, coge la navaja.

La Cría los mira con sus grandes ojos sin brillo.

–Vamos, vamos –dice Yid–. ¿Te gusta? ¿Te apetece que juguemos un ratillo? Vamos, vamos. ¿Quieres un poco de agua fría?

–*Tschik* –dice muy seria. Con ojos enormes que no se mueven.

–A tu edad es malo –Yid le pone su cigarrillo en la boca–. Dale una calada –dice–. Toma. No sabe ni dar una calada.

Curls, con la navaja:

–Hay una cruz gamada en el mango.

Yid:

–Primero dice que quiere fumar, luego no da ni una calada. Fíjate cómo nos mira. Está ya casi muerta.

–No. Le gusta estar ahí echada sin moverse. ¿No has jugado nunca a estar enterrado? Hay una cruz gamada en el mango, mira.

Yid:

–Esa navaja se la quité del bolsillo a uno de las SS y ni se dio cuenta. También el reloj, y ni se dio cuenta –la navaja se ha esfumado, se la saca del zapato con dos dedos, elegantemente–. Puedo sacar cualquier cosa de cualquier bolsillo –se inclina sobre la Cría–. ¿Quieres fumar? ¿No? Está ya casi muerta, mírale la barriga. Lo sé de cuando estaba en el campo. Te puedes morir por tener la barriga encogida o por tenerla hinchada como un globo.

–O se puede morir de las manchas.

Yid:

–Hay cinco clases distintas de manchas. ¿Tú qué sabes?
No sabes nada.

–Ella no tiene manchas.

–Tiene la tripa hinchada como un globo. ¿Quieres un poco de agua fría? Toma. No quiere. Los globos nunca quieren agua.

Curls dice:

–Le gustan los cuentos.

Yid:

–Mira, han encontrado la ventana. Aquí vienen –allí fuera están sus dos mitades.

–¡Abran la puerta! –grita el del comité del distrito. Lleva el certificado oficial prendido en la pechera de la gabardina. Con el sello del magistrado y el sello de la comandancia. En ruso y en inglés o americano. «Ejecutiva Civil de la Comandancia del Gobierno Militar.» Debajo de la certificación lleva cosida una letra grande, recortada de un trapo rojo. «P.» Político.

Aprieta la cara contra la ventana tratando de ver lo que hay abajo.

–Puede que lo que usted ha visto no sean más que ratas.

–Lo que yo he visto eran niños, no ratas –dice el otro–. Ayer me pasé todo el día ahí enfrente vigilando –se enfada–. Tengo una autorización de requisa. ¿Tengo o no tengo una autorización? –se desabrocha la gabardina y trata de sacar un papel con muchos sellos. Dos, diez papeles acaban entre sus dedos–. No; éste es el permiso para viajar en tren. ¿Qué es esto? Es el certificado de despiojamiento. Búsquelo usted. Tengo los dedos entumecidos de frío.

–Ya lo he visto, no se enfade, no me hace falta.

–No, no. Tengo una autorización para requisar un sitio donde dormir. Si los niños viven ahí abajo, tiene que haber sitio para una cama.

–¿Tiene usted una cama?

–Tenía seis. Antes de la guerra tenía una docena de camas. Tengo una autorización de requisa. ¡Aquí está! No, espere, ésta es la autorización para la tienda. Tengo derecho

a la tienda de la esquina, ahí abajo. La esquina de la calle Lilien. Es mi tienda, aún está ahí. He venido a pie todo el camino desde Karimmenstadt para recuperarla. El hombre de la tienda me echa, ya me ha echado tres veces. Necesito un sitio para dormir. He descubierto este sótano y tengo la autorización.

—¡Abran la puerta! —grita el del comité. Luego grita el otro—: Me he enganchado la gabardina con ese clavo, mire. Por andar subiendo a los escombros... ¿Quién me lo va pagar?

—Yo no le he roto la gabardina. No soy responsable. ¿Quiere requisar el sótano para mí, sí o no? Informaré de usted por antisemitismo. No debo alterarme, tengo el corazón débil.

—No puedo hacerlo solo, tengo que esperar hasta que venga el otro caballero. No me grite, yo soy un funcionario. Estuve tres años en el campo de concentración. ¿Tiene una aguja? Deme una aguja. Usted no me va a comprar una gabardina nueva.

—¡Yo estuve seis años en el campo de concentración! No me grite. Toda mi familia fue gaseada. No voy a dejar que me traten como si fuera basura. ¡Tenga cuidado, soy epiléptico! Cuando liberaron el campo, el médico me dijo que tenía que dormir con regularidad o me daría un ataque. Informaré sobre usted. ¿A quién se cree que grita? Mi sobrino está en el ejército americano.

El otro grita:

—Yo también estoy enfermo! ¡Yo también estoy enfermo, me pasé tres años en el campo de concentración, no me agarre del brazo! Soy un funcionario, sólo tengo un riñón —empieza a temblar con su letra «P» y su documento oficial. Tiembla tanto que le castañetean los dientes. Dice tembloroso—: ¡Ahí está! Por fin llega el otro caballero, ahí viene. Ahora mismo podemos empezar. Usted, ¿por qué sale corriendo? ¡Señor Silberstein! Oiga, ahí viene el caballero al que estábamos esperando. Ahora podemos... Señor Silberstein ¿por qué corre de esa manera?

En efecto, se va a la carrera tropezando, se nota en el sonido de sus pasos.

–Se han marchado –dice Yid abajo, en el sótano–. No, sólo uno. El otro está ahí todavía.

–«Si se encuentran propiedades del ferrocarril», dice Curls, «propiedades del ferrocarril de todas clases, robadas o compradas a desplazados, en especial muebles, máquinas de escribir, teléfonos, lavabos y demás en poder de personas no autorizadas a partir del miércoles 12, serán...»

–¿Qué estás leyendo?

–Viene en el periódico. A la Cría le gusta que le lean. Da igual qué. ¿A que sí, Cría, a que sí?

–Mejor léele algo del libro.

Curls lee:

–«En relación con la utilización de sirenas de alarma aérea, la Comandancia ha dispuesto con efecto inmediato que dichas sirenas sólo sean utilizadas en sustitución de las sirenas de fábrica dañadas, cuando el daño...» ¿Qué quiere decir «en sustitución»?

–Léele algo del libro –repite Yid.

–Así que habrá sirenas otra vez. Pero ¿qué quiere decir «en sustitución»?

–Es americano, quiere decir reducción. Te dan cuarto de kilo de algo en sustitución de lo que antes era medio kilo. En sustitución quiere decir reducción de las raciones.

–Aquí habla de sirenas de alarma aérea.

–No le leas a la Cría cosas de alarmas aéreas. Léele algo del libro. ¿Qué estás leyendo? Anda, el Boletín Oficial de la Comandancia militar. Todo el mundo tiene que cavar tumbas. ¿Quieres que la Cría cave tumbas?

Se oye música fuera. Un organillo.

–Vaya –dice Yid–, tampoco es música para la Cría. ¡Lili Marleen! Lo ponían por los altavoces en Kolkowka. A la Cría léele algo del libro.

–Lo cogiste de la alacena.

Yid:

–Lo sacó Ewa y lo tiró por ahí. Le arranca hojas para el

retrete. Yo eso no lo permito. Si le arrancas a un libro la mitad de las hojas ya no hay manera de leerlo.

–¿Tú lo lees?

–Ahora lo llevo en el bolsillo. A partir de hoy dormiré en el retrete. Tengo diarrea. Si Ewa saca mis cosas de la alacena porque quiere dormir allí ella sola, yo también dormiré solo. En el retrete. Quizá te preste el libro para que se lo leas a la Cría.

–¿Diarrea?

–El retrete es el mejor sitio de la ciudad.

–¿Diarrea?

–Un retrete con agua corriente y con llave, sin una sola grieta. ¡Es una milagro! ¿Qué dices tú de diarrea, qué sabes tú de la diarrea? La diferencia con la disentería es que uno tiene los ojos rojos y le lloran. Lo sé de cuando estaba en el campo de concentración. Yo tengo los ojos amarillos, así que es diarrea. Con el tifus los ojos se ponen morados y con manchas. Si están morados pero no tienen manchas, es que ya te han sacado de la cámara de gas. Yo puedo ser médico cuando quiera. Tengo diarrea y ya está.

–Yo quiero aprender muchas cosas –dice Curls–. Quiero aprenderlo todo. Manchas y diarrea y todas las insignias de cada ejército. Todo.

Yid:

–Yo puedo enseñarte de todo. Un cigarrillo, una lección.

–Quiero aprender a robar carteras. Y a ser artista de cine.

–Cuando tienes manchas –dice Yid–, el secreto es tapar las manchas con porquería, para la inspección. Con que te vean una sola mancha te mandan a la cámara de gas.

–Artista de cine y todo eso –dice Curls–. Y cantar. Mi madre y yo íbamos al cine dos veces a la semana.

–También puedo enseñarte a pelear con navaja. Es la mejor manera de pelear. En Kolkowka pillaron a mi madre con manchas y se acabó. Gas.

–A mi madre –dijo Curls– la liberaron los polacos justo

después de los últimos tiros. Desplazados polacos. Gritó. Me golpearon en la cabeza y la liberaron. Cuando volví en mí, había desaparecido.

–Tengo que ir a mi habitación. Es la diarrea.

Curls dijo:

–Ella volverá.

–¿Qué pasa? ¿A qué viene tanta prisa? –pregunta el hombre del cuello de piel y bombín. Se ha subido al montón de escombros y se sacude el polvo de la manga.

El de la gabardina dice:

–Ha echado a correr en el instante mismo en que lo ha visto a usted.

El del bombín:

–Me han dado su mensaje en el Ayuntamiento. ¿Qué pasa? ¿Una requisar? ¿De qué?

–En el instante mismo en que lo ha visto a usted. ¿Lo conocía usted de antes? Estos judíos pierden el juicio en un momento cuando ven a un funcionario y resulta que es el mismo que los envió al campo de concentración y ahora ha vuelto. No es que yo quiera ofenderle, señor Kropf.

–¿Qué se va a requisar aquí? –pregunta el del bombín. Está fumando un cigarrillo. Su abrigo lleva cuello de piel.

–No se va a requisar nada. Se ha ido corriendo. Éstos siempre se van corriendo. Hasta en el campo de concentración. Éste regresa y exige que le devuelvan su tienda, así son.

El del bombín:

–Hay mucho material de construcción en este patio.

–En el campo de concentración no exigían que les devolvieran ninguna tienda –dice el de la gabardina, temblando–. Regresan y le gritan a la gente. Yo sólo tengo un riñón.

El del bombín no contesta. Mira a su alrededor. Está fumando un cigarro.

El de la gabardina chilla:

–¡Puedo caerme muerto en cualquier momento si alguien hace que me altere! –luego golpea con el puño las tablas de la ventana y grita–: ¡Abran! Ridículo. Gritarle a uno, esos –dice en voz baja.

Las tablas que tapan la ventana se apartan sin ruido. Tenían unas bisagras, ahí estaba el truco. Aparece un chico con rizos dorados, como una niña. Su rostro es gris a la cruda luz del día y de la nieve. Las sombras bajo sus ojos no se notaban en el sótano. Tiene tantas sombras debajo de los ojos como una muchacha liberada por dos docenas de soldados, que tiene desde entonces sombras debajo de los ojos aún más pequeñas que este chico. Dice:

–Hola.

El de la gabardina:

–Soy del comité. Tengo una orden de requisita.

El chico se apoya en la ventana, cortés, obstaculizando el paso. El de la gabardina:

–Es deber patriótico de todos los ciudadanos mantenerse unidos hombro con hombro y capear el temporal, en especial con las casas y pisos vacíos y las habitaciones individuales, por patriotismo nacional.

–Claro –el chico iba a decir algo más, pero se calla. Al final añade–: Es la casa del capitán Grau –le tiemblan los labios.

–Es cierto –el de la gabardina mira su orden–. Lo pone aquí. Es cierto. Capitán Grau. Está muerto.

El del bombín agrega:

–Ahorcado. Un bandido, un bandido de la resistencia, del Frente de la Libertad³ de la ciudad, ahorcado.

–Ahorcado no. Fusilado –se apoya, ahora consigue dominar sus labios. Y en voz baja–: Soy su hijo.

El del bombín:

–Hay un montón de material de construcción por aquí. Tejas, vigas.

El chico:

–Es nuestra casa.

³ El Freiheitsfront, organización de la resistencia austríaca. (*N. del T.*)

–No importa de quién sea la casa –dice el de la gabardina–; es deber patriótico nacional de todo ciudadano, mientras haya gente sin un techo sobre su cabeza, apretarse y, por patriotismo solidario... –se detiene. Nadie le ha interrumpido, simplemente se detiene.

El del bombín:

–Tejas, vigas, tablas, leña.

–Es nuestra casa –dice el chico en voz baja–. Eso no es leña. Yo estoy aquí esperando a mi madre –de nuevo le tiemblan los labios, durante unos instantes no puede continuar–. Mi madre dijo que cuando volviera la reconstruiríamos.

–¿Reconstruirla? ¿Reconstruirla? Eso es leña. Y tu madre ¿dónde está?

–Liberada –dice el chico.

El de bombín ríe en voz baja sólo un momento.

El chico:

–Volverá.

El de la gabardina:

–Venga, vamos. ¿Nos vas a impedir el paso o qué? Vamos a echar un vistazo al sótano. Tengo aquí una orden de requisita y todo ciudadano...

El chico se hace a un lado en silencio.

–¿Estás tú solo ahí abajo? –inquieta el de la gabardina con un estremecimiento nervioso. Y grita: ¡Han visto a otras personas! –pero no da un paso. Se queda allí plantado, dando un respingo.

El chico asiente con la cabeza.

–Quedamos cinco. Llegamos a ser once. Seis han desaparecido. Se murieron. Están ahí abajo. Los cuerpos se congelaron, no pudimos enterrarlos. Pero no huelen. No mientras haga tanto frío –y de nuevo se aparta para dejar pasar al hombre.

–¿Qué significa eso? –el de la gabardina mira a su alrededor, inquieto. El del bombín no dice nada, vuelve a subir al montón de escombros, se aleja.

–¿Qué significa eso? –repite el de la gabardina–. ¿No

tienes sentido de la responsabilidad patriótica? –pero no da un paso, sólo grita–: ¿Qué significa eso de que no huelen?

–Fiebre –dice el chico, imperturbable–. No sé. Tifus. Tienen manchas.

El de la gabardina retrocede de un salto, tropieza. Se aleja un buen trecho corriendo. Al del bombín ya no se le ve por ninguna parte. El chico sigue apoyado en la ventana; regresa el de la gabardina. Se queda a diez metros de distancia. Tiene calor a pesar del aire frío, se seca el sudor, el calor le quema.

–Oye –dice, con voz ronca, a diez metros–. Oye, sobre la madera. Sé quién compra madera de construcción, diez carros. No importa el precio. Contante y sonante. ¿No? –tiembla–. Tiene veinte máquinas de escribir. Americanas –dice con voz ronca–. ¿No? –se le alarga la cara. Da la vuelta, tropezando.

Una nube vuela en lo alto. Sale humo de la Estación del Norte, donde ahora mismo está entrando un tren, cincuenta y cinco vagones de ganado con hombres, mujeres, maletas, soldados colgados de los estribos, gritan, son vomitados al andén, una pendencia, un arresto, control de pasaportes, de un rincón salen siete camillas con siete muertos, una mujer aúlla como un perro.

El chico de los rizos continúa apoyado en la ventana abierta.

Detrás, por la calle Paradiesgarten, traquetean tres jeeps y un carro blindado.

Asciende niebla del río, hay escarcha. Aún no se puede utilizar el puente.

Hay un grupo de hombres cavando en el cementerio.

Los cuervos levantan el vuelo graznando desde la colina, al otro lado del río, un melancólico clamor peregrino.

En la plaza de Santa Sofía, delante de la catedral bombardeada, hay quinientos cincuenta escarabajos negros pegados unos a otros. Un litro de gasolina cuesta treinta y sie-

te cigarrillos. Por once relojes dan cuatro máquinas de escribir y una botella de aguardiente.

Tres banderas ondean fraternalmente en la Comandancia. Un hedor llega desde la zona arrasada a un kilómetro del canal, donde no hace tanto frío.

El chico de los rizos ha vuelto a bajar al sótano.

Sigue sonando el organillo.

2

Sigue sonando el organillo. Un hombre silba la melodía. Está delante de la ventana tratando de ver lo que hay abajo. Tal vez lleva ya un buen rato allí. Después pasa a la otra ventana, que es una puerta. Llama. Luego golpea las tablas con la bota. La bisagra se rompe, haciendo saltar algunas astillas; la puerta se abre de golpe. Allí está, en el marco de la ventana.

Lleva botas del ejército alemán. Los pantalones son de pana, de civil. La chaqueta es de las fuerzas aéreas americanas, probablemente una guerrera de oficial, sin graduación. Donde antes estaban las insignias no hay ahora más que una mancha. Debía de haber también toda una fila de condecoraciones, pues la tela no está tan descolorida. Antaño sería una excelente guerrera, con sus hombreras. Era de un hombre más bajo que el que está en el marco de la ventana-puerta tratando de ver lo que hay abajo. Su tórax de gorila está muy apretado dentro de la elegante prenda y la hace ridícula. Lleva una gorra de la infantería británica con una roseta de adorno.

Su cara es de las que uno olvida en cuanto mira a otra parte. Un empleado, pensaría uno, de esos que están detrás de una ventanilla. No, no es eso, tiene una tienda de ultramarinos en un pueblo. Cara pastosa. Sólo podrían recordarse sus ojos. Tiene los ojos blandos. Son de un azul pálido, opacos, producción barata al por mayor, género de desecho con pequeños defectos, se echan en tapas de al-